

ma, á saber, su inquietud, su perturbador desasosiego, su continuo mal-estar. Por consiguiente, siendo su compañera perpétua la infelicidad del turbulento desasosiego, esta ha de pesar y obrar de igual manera sobre la mente, que al error abriga. El remedio es que para desterrarlo tenga en ella la hermosa verdad su trono rico en vivificantes resplandores.

CAPÍTULO XV.

Se demuestra que los errores se oponen á la felicidad del pensamiento.

El error no solo por la inquietud que trae consigo hace infelices á los que domina, sino que pueden enumerarse otras varias causas de su oposicion á la felicidad de la mente. No puede ser feliz porque siente su flaqueza. Así como la divina Providencia ha ordenado que la culpa en medio de su embriaguez y ceguera produzca en el alma un gran vacío, que le da á conocer que le falta el supremo bien de la amistad de Dios, y esto con el fin misericordioso de que no se aletargue por

inadvertencia en sus satisfacciones engañadoras; asimismo ha dispuesto que el edificio, que el error levanta en el entendimiento, tenga sus grietas, cierto desnivel y aun estremecimientos, que le indiquen ó al menos le hagan sospechar que carece de sólidos cimientos, poniéndole en cuidado. ¡Ay cuántas veces vemos jactarse de firmeza, y por orgullo, amor propio ó vanagloria ostentar seguridad al que en su interior conoce que la opinion que defiende es vulnerable por mas de un lado! Y no hablo precisamente de errores en materias de religion, que son los mas perjudiciales bajo todos sentidos, sino de toda clase de errores, de los cuales parece que la Providencia bondadosa se empeña en ayudarnos á salir presentándonos interiormente algunos indicios, que nos hacen desconfiar de las erróneas ideas que sustentamos. Pero lo que es un medio de salvacion, es tambien un principio de sentimiento.

Otra de las causas que contribuyen á que el error lleve consigo algo de tormento es que suele estar acompañado de alguna pasion, que sea cual fuere, tiene su parte de suplicio. Así como la verdad conduce al bien y á la vir-

tud, así el error suele conducir á las pasiones depravadas, porque la verdad es tranquila, y el error es revolucionario. Admirable relacion la del entendimiento con el corazon: el mal del uno es contagioso para el otro. El entendimiento arrastra en su caída al corazon, así como el corazon arrastra en la suya al entendimiento. Parece que se piden y se prestan mútuo auxilio para el bien y para el mal. Sin embargo, acaso no esté de mas advertir que no pongo en una misma categoría, que no señalo la misma trascendencia á todos los errores. Todos son malos, pero la escala de su maléfica importancia es inconmensurable.

Otra de las razones en que me fundo para afirmar que el error se opone á la felicidad de la mente es el que la coloca fuera de su centro, que es la verdad. ¿Y quién puede ser feliz fuera de su centro? Por eso exclamaba un hombre grande hablando con Dios: *Inquietum est cor meum donec requiescat in te.* Mi corazon está inquieto hasta que en tí descanse. (San Agustin en sus Confesiones). Uno de los insignes beneficios que el Altísimo ha hecho al entendimiento humano es haberle dado por centro la verdad, y de tal modo que

se diria que fuera de este centro no hay para él dulce paz ni reposo.

Además, se halla tan dilatado el imperio de la verdad, que por todas partes se encuentran campeones suyos, que la defienden victoriosamente como á su reina y señora. De aquí proviene que el error sufra frecuente y vencedora contradicción. Estar en guerra no es vivir, y estar en guerra y perder batallas es apurar las heces del cáliz de la amargura. Aunque no se llegue á este extremo, la contradicción aflige siempre. También la verdad sostiene luchas, mas con la diferencia de que siempre alcanza victoria, aunque el enemigo no confiese su derrota. El error siempre es vencido, por mas que se pavonee con fingidos triunfos.

Otro de los motivos de que la vida del error sea amarga es el de estar algunas veces en lucha con la propia conciencia, la cual se asusta de las últimas consecuencias que de él se deducen por ilaciones lógicas. Esto se hará patente á cualquiera que reflexione en el terrible y funestísimo encadenamiento de los errores, los cuales nacen unos de otros, y estos conducen á aquellos, y aquellos abren una sima,

un precipicio espantoso. Ahora bien, como el error por diversas circunstancias puede haberse ingerido en una persona, que aun suponiéndola empeñada en malas sendas, todavía conserva cierto fondo de rectitud; de estos dos elementos resulta que se traba un choque horroroso entre ellos dentro de la mente, que es su campo de batalla y al mismo tiempo su víctima. Del error admitido la propia lógica deduce consecuencias que horripilan al honrado pensador, consecuencias que otros sacan y á las cuales él rehusa dar entrada porque se oponen á otros buenos principios, que ha tenido la suerte de amalgamar con los erróneos. Esta contradicción es interna, y por lo misma mas duradera y angustiosa. Originase de aquí algunas veces otro gérmen de punzadora desazon. La lucha de los principios opuestos despierta al roedor remordimiento, por la parte que los errores tienen de voluntarios en cuanto nacen de ignorancia vencible, ó porque no se quiere desecharlos, aunque se nota oposición entre ellos y la conciencia. ¡Terrible conflicto! ¡Infeliz la mente que es destrozada por él! Solo dando un absoluto predominio á la verdad se puede curar tal llaga. Si cuesta

algo al corazón el desprenderse de un error que halaga, el premio del generoso desprendimiento es el reposo y felicidad de la mente.

CAPÍTULO XVI.

Medios para librarse de errores.

Si en evitar los errores consiste una parte de la felicidad del pensamiento, cúmplenos hacer todo lo posible para lograrlo; por lo mismo la investigación de los oportunos medios de conseguirlo debe tener cabida en esta obra, aunque encerrándola en breves pinceladas. Juzgo que el primer medio es una buena y decidida voluntad de limpiarse como de escoria de todos los errores, que cual polvo del insano mundo se nos hayan pegado, de huirlos y de tomar todas las medidas conducentes para cerrarles las puertas de nuestro entendimiento. Si; la voluntad es lo primero que se requiere para esta gloriosa empresa; sin ella de nada sirven los libros, sin ella nada son las reglas de la crítica, sin ella en vano es haber recibido del Altísimo una razón vigorosa, ni sublimidad de ideas; sin ella los estu-

dios, lejos de aprovechar, se convierten en armas dispuestas á defender el castillo del error. No basta querer, es preciso querer eficazmente, es necesario que esta voluntad sea generosa, magnánima, entera, universal, que no perdone á ninguno de sus enemigos, que no les dé treguas en ningun tiempo, que les salga al encuentro en todos los caminos, que los persiga en todas direcciones, que esté siempre alerta para descubrir todas sus emboscadas; en una palabra, puede decirse como el Tajo al rey D. Rodrigo en la oda del maestro Leon:

No dés paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Si bien se observa, apenas se hallará quien no quiera evitar alguna clase de errores; el jurisconsulto anhela poseer su ciencia de tal manera que en ella se le alejen las probabilidades de errar, el marino estudia la náutica con el vivo deseo de no equivocarse en sus aplicaciones prácticas; el confesor se dedica á los autores de teología moral para acertar siempre en el ejercicio de su sagrado ministerio; esto sucede con casi todos los hombres, los cuales

tienen especial voluntad de no errar en ciertas ciencias, en determinadas materias, en su arte, profesion ú oficio. Bueno es esto; pero es muy poco; es insuficiente para alcanzar por medio de la ausencia del error la felicidad del pensamiento. Es indispensable que, como llevo indicado, esa voluntad sea general, franca, resuelta, valerosa, constante y firme. ¡Cuántos hay que discurren muy bien sobre una materia y abrigan errores de consideracion sobre otras cosas!

Es mayor de la que á primera vista parece la relacion que tienen entre sí todos los conocimientos, y por esta causa, muchas veces desatendida, nacen unos errores de otros, que se abrigaban hasta con gusto, suponiendo que nada tenian que ver con la materia favorita en que no se queria padecer equivocaciones. Así el virtuoso sacerdote que solo anhela sobresalir en las ciencias sagradas, prescindiendo del mundo y de sus costumbres y usos actuales, podrá errar en sus juicios morales por su completa abstraccion de todo lo terreno, pues equivocándose acerca de las circunstancias que podemos llamar locales ó temporales, carecerá de los datos necesarios para hacer

las oportunas aplicaciones de los principios y documentos de la teología moral. Sucederá lo mismo al legislador y al gobernante, que se equivoque acerca del estado de las ideas del país, no atendiendo mas que á los rudimentos teóricos de su ciencia. Ved aquí de qué manera unos errores producen otros en regiones distintas. Gravisimo motivo, que debería despertar el ánsia noble de emplear igual cuidado y solicitud en desterrarlos todos.

¿Mas cómo se conseguirá tan señalada y universal victoria? Por si acaso hay alguno tan decidido á obtenerla que á todo esté resuelto, voy á indicar un medio, que aunque á primera vista parece algo peregrino, llena el objeto cumplidamente: el de hacer un especial y detenido exámen de todas las opiniones, que se profesan acerca de todas materias. Parece árdua la empresa, y mucho mas árduo para el amor propio el haber de abandonar las ideas, que se han sostenido y mimado por largos años; pero la verdad y la felicidad propia merecen cualquier sacrificio. Además, cambiar para mejorar es siempre ganar. En cuanto á las dificultades de la empresa, no las considero aterradoras procediendo con ór-

den y método y tomando la cosa como por una ocupacion recreativa, en la cual el entendimiento á fuer de un juez integérrimo y sumamente imparcial con una autoridad nueva y procurándose nuevos datos y testimonios vaya abriendo de nuevo el juicio en causas, que ya tenia por falladas, y sentenciando y cumpliendo él mismo la sentencia con ejemplar docilidad y sumision absoluta.

Aquíno tiene entrada el amor propio: nada puede alegar. Se le dice que no viene de fuera quien condena, quien hace adoptar una variacion provechosa. Lejos de enfadarse, lo debe agradecer. El hombre en este caso es censor y maestro de sí mismo, y si se despoja de un mal vestido viejo para ponerse otro mejor, en esto la ganancia es toda suya; si triunfa de sí mismo, suyo es el triunfo, suya la alegría que debe acompañarle. Por este exámen, por este triunfo, por este generoso desprendimiento han llegado muchos hombres grandes á una gloria eminente, y por él ha dejado el señor Donoso Cortés en su sepulcro un resplandor de virtudes, que sin duda será mas vivo allá donde ha subido su alma sublime á recibir el premio.

CAPÍTULO XVII.

Continuacion del mismo asunto.

Cuando los errores que han de abandonarse versan sobre religion, para la loable mudanza hay que contar con el auxilio del Omnipotente, que en este caso á nadie falta. Por lo mismo pudiera decirse que habiendo una buena voluntad, las dificultades desaparecen. ¿Pues cómo se explicarian de otra suerte esos repentinos y prodigiosos cambios llamados conversiones, de que están llenos los anales de la Iglesia y de la literatura? Sin embargo, su principio ha sido, prescindiendo por un instante de la interior mocion de la gracia, un exámen mas ó menos explicito de lo que se creia y obraba, del cual resultó la certeza de que no era conforme á la verdad y á la razon, y que por tanto era necesaria una decidida variacion. Esta proviene muchas veces de la lectura de autores muy rectos, que no han adulado á las pasiones ni á los tiempos, escribiendo solo por el esclarecimiento y gloria de la verdad: acaso no obran con la rapidez

del vapor; acaso sus luces no llegan á penetrar en el anochecido entendimiento; acaso no logran conmover el corazon dormido; pero dejan una semilla de bien, que tal vez necesitará pudrirse para renacer ó que la lluvia de la tribulacion ó el viento de algun inesperado desengaño la fecundice y la haga salir de donde estaba enterrada. ¿Qué hace el corto de vista? Buscar anteojos. Pues á esto mismo está obligada la mente que ve poco ó mal. Le cumple buscar direccion en buenos libros y en hombres doctos, que no estén sujetos á las mezquindades de los partidos ni al maléfico influjo de las pasiones. Como estos dos manantiales de luz nunca faltan en las sociedades católicas, con su auxilio es fácil corregir lo que merezca enmienda y adelantar en los caminos de la perfeccion intelectual.

Por el contrario, uno de los medios mas poderosos para evitar el error es huir de la lectura de autores que han errado ó adolecen de inexactitudes, aunque por otra parte se hallen dotados de admiradas prendas. Pudiera decirse que para el mayor número de lectores todo se pega; todo tiene un imán mas ó menos eficaz; nadie confie en sus buenas ideas,

en su instruccion, en su rectitud. Siempre es malo verse en la precision de echar mano del contraveneno. Mejor es no tomar el veneno. Lo que llevo dicho acerca del buen efecto paulatino de los buenos libros es en un todo aplicable á los malos y á los que no acabando de merecer esta deshonrosa calificacion, sin embargo envuelven algo de inexacto, de siniestro y perjudicial.

Estos se leen con menos desconfianza, con mayor atrevimiento y casi siempre sin sospechar que entre noventa y nueve verdades útiles encierran un error, que pasa plácidamente por hallarse tan bien acompañado, penetra sin sentirse y se arraiga con una autoridad, que no tienen los que se dejan ver sin tan honrosa escolta. Para librarse de ese oculto contagio, no creo que haya mas medio que el de no leer una obra hasta que de una manera positiva se haya averiguado que en nada claudica. Entre las obras célebres paréceme probable que haya pocas que no se hayan analizado ó criticado, y aunque en los análisis y en las críticas suele haber mucho de mas ó mucho de menos, cuando es digna de crédito la persona que los ha hecho, juzgo que con-

venga su lectura prévia. Lo regular es que den alguna luz, que sirva de guia en la cuestion de si debe leerse ó nó el libro sobre que hay duda. Claro está que para hacer estas indicaciones parto del principio de que preexiste una firme voluntad de procurarse por todos los medios imaginables la propuesta felicidad del pensamiento.

Bajo este concepto procuremos cerrar al error todas sus puertas. Es una de ellas el trato de los demás hombres, de los cuales el uno propala una opinion errónea en esto, el otro en aquello, quién en una cosa y quién en otra, de forma que nuestra atmósfera está lastimosamente infectada de toda clase de errores. ¿Qué remedio? ¿Irse á un desierto y no hablar mas que con los ángeles? No por cierto. Además de que Dios nos ha criado para vivir en sociedad, la idea de un desierto estremece y horripila; y aunque los desiertos de la Tebaida, de la Nitria y de la Palestina se poblaron de solitarios, aquello se hizo y debió hacerse únicamente por un fin altísimo cual es el de la perfeccion cristiana, el de la consecucion de la vida eterna. No hablemos pues de vida solitaria.

Entre el bullicio del mundo es preciso idear algun medio, que nos preserve del contagio de los errores variadísimos de nuestros amigos, de nuestros parientes y allegados, que por mucha que sea su instruccion y rectitud, difícilmente alcanzarán la gloria de pensar en todo con acierto. Por grande que sea nuestro cariño para con ellos, examinemos á la luz de la razon todas sus ideas antes de admitirlas en nuestra mente. No se opone á esto la amistad mas acendrada, ni la veneracion debida á personas muy respetables; sabemos que pueden equivocarse, y eso basta para que no adoptemos ciegamente sus juicios y sentencias: aprendamos enhorabuena de ellos, pero no todo. Grandísima es la necesidad de establecer una aduana en las fronteras de nuestro reino intelectual.

La honradez y la virtud no excluyen ciertas flaquezas del entendimiento. La virtud perfecta las disminuye y atenúa muchísimo; la imperfecta no ejerce este privilegio tan cumplidamente. Sé que hay hombres apreciables por sus excelentes cualidades, los cuales sin embargo con frecuencia juzgan mal de lo que ven y de lo que oyen y suelen vivir

en una inexpugnable ciudadela de errores, lanzando desde sus alturas toda clase de proyectiles. De estos quisiera estar lejos; da lástima ver esa mezcla confusa de ideas buenas y de ideas falsas; aquellas comunican á estas cierta autoridad, y es necesario estar muy sobre sí para no dejarse contaminar con los juicios errados de un hombre bueno. Convengo en que sus equivocaciones acaso dimanen de un ardiente celo por los sanos principios de la moral ó de la religion; convengo en que acaso serán de poca importancia ó sobre puntos muy secundarios, convengo en que acaso no está obligado á saber aquello en que se equivoca, y por tanto es mas excusable su falta; pero será mejor que no nos imbuja en sus errores, sean ó no trascendentales. Vivamos siempre con exquisita cautela, y si es posible, evitemos el trato demasiado frecuente con personas propensas á equivocarse, que cuanto hagamos en pro de la felicidad del pensamiento tendrá su galardón inmediato.